

## LA PANDEMIA, LOS PARTIDOS POLITICOS Y LAS AMENAZAS A LA DEMOCRACIA EN MEXICO

Rosa María Mirón Lince<sup>1</sup>

La pandemia de Covid-19 ha sacudido al mundo entero. Las consecuencias inmediatas en términos de enfermedad y muerte las están sufriendo grandes poblaciones. No menos fuertes serán las secuelas en los ámbitos económicos, políticos y sociales. El mundo se enfrenta, sin duda, al mayor desafío de los últimos cien años.

En México, la crisis de salud llegó en una coyuntura singular. En julio de 2018 Andrés Manuel López Obrador ganó las elecciones presidenciales con un resultado nunca visto en los tiempos recientes. Con un discurso simple en donde descalificó a todos los gobiernos anteriores y ofreció una transformación total de la realidad nacional logró que más de 30 millones de mexicanos le dieran su voto y lo llevaran a la presidencia.

Las elecciones y la transmisión de poderes se vivieron sin sobresaltos, gracias al marco de legalidad y certeza que gradualmente normalizó la vida política durante la transición democrática. La legitimidad del proceso se fundamentó en la solidez que adquirieron las instituciones democráticas en México en los últimos cuarenta años.

A pesar de la regularidad de los procesos electorales y la relativamente rápida consolidación de los órganos autónomos y de control, la democracia mexicana sigue teniendo adeudos en materias como el combate a la corrupción, la procuración de justicia y la calidad de los servicios públicos.

Frente a la imperfecta democracia mexicana, López Obrador fundó su carisma en el compromiso de transformar radicalmente lo existente; esto es, rechazar los avances parciales para prometer un cambio profundo, aunque esto significara renegar de la democracia liberal (relacionándola con *“la oscura noche neoliberal”*) y rechazando cualquier avance anterior a él (*“nos dejaron un cochinerito”*).

---

<sup>1</sup> Doctora en Ciencia Política. Profesora titular “C” de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 2. Integrante de la Red de Politólogos. Responsable del Proyecto PAPIIT clave IN305418 “Calidad de la democracia y sus factores determinantes en México”.

Rechazar la transición y sus frutos implicó generar una propuesta alternativa, que el político tabasqueño encontró en el pasado, en el tiempo anterior al neoliberalismo, caracterizado por el ejercicio del poder personalizado y la debilidad de los partidos políticos de oposición. No le faltaron explicaciones para proceder así, aunque estuvieran más fundadas en la cultura parroquial que en la racionalidad democrática; como cuando afirma que su ejemplo personal es suficiente para eliminar la corrupción pues *“la corrupción se combate como se barren las escaleras”*, o al sentenciar, según le convenga, que un acto *“es legal pero no es moral”*. A través del ejercicio personalista del gobierno, López Obrador se erige como intérprete legítimo de la ley, por encima de los poderes integrados por *“una burocracia dorada”*, *“los corruptos”*, *“los de siempre”* y *“la mafia del poder”*. De ahí la visión polarizada de la sociedad: quien no está con AMLO está contra él; quien no apoya su forma de combatir la corrupción es porque se aferra a los privilegios perdidos.

Sería un error considerar esta polarización de la sociedad mexicana como un caso aislado, pues otros países democráticos atraviesan procesos similares al que vive México desde 2019. La respuesta de esos gobiernos ante cualquier desafío está inmersa en una lógica de confrontación; las decisiones no se toman con la mente fría (actitud propia de tecnócratas, esa casta que creó regímenes de leyes pero no de justicia), sino a partir del tamiz de la pasión política.

Nunca como ahora la información gubernamental fue tan pública y transparente, y precisamente por ello, los jefes de Estado rehúyen a hablar de datos duros, resultados y evaluaciones, para dirigirse a las emociones. Es la era de la posverdad; cuando se dice al público lo que el público quiere oír, lo que está dispuesto a creer, sea por comodidad, porque le simplifica la comprensión de la realidad, o porque le evade de cualquier responsabilidad.

Es a partir de este discurso emocional que podemos comprender la respuesta de gobiernos, como el mexicano encabezado por López Obrador, ante el desafío, incómodo e inesperado, de la pandemia por Covid-19.

Es incontrovertible el hecho de que la pandemia del coronavirus obligará a la actual administración, como a todo el mundo, a ajustar su ruta de viaje de manera tal que las

consecuencias en lo sanitario, económico, político y social, que inevitablemente serán graves, por lo menos no resulten desastrosas.

La pandemia llegó antes a Europa que a América, así nos mostró los impactos y las consecuencias antes de vivirlos. Los autoritarismos personalistas que hoy existen en otras latitudes también nos permiten avizorar por dónde podría venir nuestro futuro, así como las posibilidades de detectar alertas y proponer transformaciones.

Es mi interés en este texto presentar una visión general de los riesgos que corre la democracia en México en estos tiempos de coronavirus a la luz de las decisiones políticas adoptadas por el gobierno federal. Para ello, parto de una mirada hacia las democracias vigentes y sus eventuales amenazas de regresiones autoritarias en momentos cuando la pandemia hace más crítica la situación económica y la política global. De ahí, planteo un recorrido por el rumbo que sigue la administración lópezobradorista, así como las acciones y reacciones tomadas hasta ahora frente a la dimensión de la crisis, en un entorno mundial que exigirá grandes esfuerzos para superar la inédita situación que nos tocó vivir. Centro la mirada en cómo, dadas las condiciones políticas que vive México, la pandemia hace evidentes los riesgos que enfrenta nuestra democracia.

### **Un mundo de democracias**

En los últimos años del siglo pasado, la vida en democracia se fue volviendo parte de la normalidad en la mayor parte del planeta, y por ello pudiera aparecer como una constante dada y presente de una vez y para siempre. Este supuesto resulta falso y peligroso.

Hay que recordar, con Huntington (1994) que en 1974, cuando comenzó la “tercera ola” solo unos cuantos países eran considerados democracias electorales, donde mediante el sufragio universal los ciudadanos podían elegir a sus líderes en comicios periódicos, libres y justos. Las complicaciones inherentes a la sucesión en el poder en los regímenes no democráticos, además de los cuestionamientos sobre la corrupción de sus élites y la necesidad de conseguir financiamiento internacional, fueron algunos de los principales motivos que impulsaron procesos de transición. Se asumió entonces a la democracia como la mejor forma de gobierno y fue adoptada por la mayoría de las naciones libres del mundo.

Las democracias fueron proliferando hasta que a principios de siglo se detuvo su crecimiento (Diamond, 2015). Esta *recesión democrática* que hoy vivimos es de amplio espectro, pues implica no solo un retroceso en las democracias más recientes, sino también el malfuncionamiento de las más consolidadas (Chull Shin & Shyu, 1997).

A la ola de democracias ha seguido otra ola de evaluaciones y juicios a las mismas, algunos discursos políticos de izquierda y de derecha, en esta fase de reflexiones, análisis y críticas, apuntan hacia una crisis letal de la democracia. Sin embargo, no hay tal fatalidad, si recordamos, como señala O'Donnell (2007) que en democracia, la crisis es una constante, es permanente e indisoluble del régimen (Runciman, 2019), pues en su propia naturaleza se encuentra el fomento de la reflexión y la autocrítica de manera invariable, precisamente por ello es que hoy día encontramos múltiples cavilaciones sobre su factibilidad (Gilley, 2009).

Las democracias aumentaron en el mundo; sin embargo, su desempeño ha dejado insatisfechos a muchos ciudadanos y, de acuerdo con ciertas corrientes políticas, ha tenido un desempeño mediocre. El descontento popular tiene su origen principalmente en un ejercicio deficiente en lo que se refiere al Estado de derecho, rendición de cuentas y distribución de bienes básicos, hecho que se refleja en la persistencia de la desigualdad social que amplía la brecha entre la población en general y las élites.<sup>2</sup> El abuso que las élites han hecho del poder, el acceso desigual a ese poder, el auge de la corrupción, la ineficacia en el ejercicio del gobierno, así como la violación de los principios democráticos ha provocado una caída general de la satisfacción popular con la democracia (Fukuyama, 2015). Esos son los estados que Fukuyama (2015) denomina *neopatrimoniales*, los cuales constituyen *cleptocracias* que generan nefastos mecenazgos y redes clientelares utilizados por los líderes para erosionar los sistemas de pesos y contrapesos, vaciar de contenido las instituciones de rendición de cuentas, evitar acatar las restricciones normativas, y así acumular poder y dinero para ellos mismos y sus camarillas.

Son las élites quienes protagonizan los problemas actuales de la democracia. La corrupción ha penetrado la clase política; la relación de políticos acusados o condenados por actos de

---

<sup>2</sup> Para conocer los niveles de descontento en el caso mexicano, la organización World Justice Project (WJP) desarrolló el Índice de Estado de Derecho México desde 2018 hasta 2020. El estudio se centra en ocho indicadores: 1) límites al poder presidencial, 2) ausencia de corrupción; 3) gobierno abierto; 4) derechos fundamentales; 5) orden y seguridad; 6) cumplimiento regulatorio; 7) justicia civil; y 8) justicia penal (IEDM, 2020).

corrupción es larga y ha alimentado la sostenida caída de los indicadores la democracia. Es lo que Latinobarómetro ha llamado la *diabetes democrática* (Lagos, 2018). Al mismo tiempo la desigualdad ha aumentado en las últimas tres décadas, agravándose con la lenta recuperación de la economía mundial que siguió a la crisis de 2009 (Stiglitz, 2015).

En ese complejo mundo, las democracias no han respondido cabalmente a las expectativas ciudadanas. La ciudadanía percibe que los gobernantes no representan sus intereses, sino los de los grupos más poderosos. El deficiente desempeño gubernamental erosiona la confianza ciudadana en los políticos, los partidos políticos y hasta las instituciones democráticas (Latinobarómetro, 2018).

Las consecuencias de este desencanto con la política se reflejan en una disminución en la participación electoral, que conlleva un impacto negativo en la representación y la legitimidad.

Para América Latina, los datos dan cuenta de la importante y constante caída en la satisfacción con respecto al funcionamiento de la democracia, que pasó de 46% en 2010 a apenas 25% en 2018, mientras que el apoyo a este régimen se redujo en 14 de los 18 países del subcontinente (Chu, Huang, Lagos, & Mattes, 2020, p. 172). Para el caso de México, la insatisfacción con la democracia aumentó significativamente entre 2012 y 2017, al pasar de 54% en 2012; a 64% en 2014 y llegar a 74% en 2017 (Monsiváis, 2019)

Ciertamente en los últimos tiempos muchas democracias atraviesan por momentos difíciles al tiempo que crecen y proliferan actitudes antisistema entre los electorados del mundo, provocando procesos de descomposición institucional que pasan por la propia arena electoral. Circunstancias que han dado pie a una profundización del autoritarismo (Levitsky & Ziblatt, 2018).

Lo que se presenta entonces son estados debilitados, incapaces de tener un buen desempeño de gobierno. Ese mal desempeño gubernamental afecta también a los partidos políticos que difícilmente sostienen su propia legitimidad. Lejos de lo deseable, de la democracia y las elecciones regulares no ha surgido un sistema de partidos institucionalizado.

Los estados débiles minan la democracia en tanto que son incapaces de darle viabilidad a un Estado de derecho que enfrente la corrupción y la inseguridad, al tiempo que atienda problemas de desigualdad y redistribución de la riqueza. La debilidad estatal alimenta así el

descontento popular debido a que sus funcionarios generalmente están involucrados en malos manejos de los recursos públicos lo que impacta en la mala calidad de los servicios esenciales como la seguridad pública, la educación, la salud, la infraestructura y la justicia (Levitsky, 2018).

Este descontento generalizado facilita el surgimiento de movimientos y colectivos antisistema, integrados por ciudadanos insatisfechos con el modelo democrático, sus resultados y sus premisas. Así, el justificado enojo popular es aprovechado por los líderes personalistas y sus propuestas autoritarias. Se presenta un entorno ideal para el surgimiento de populismos.

Los nuevos autoritarismos que se imponen no son liderazgos vacíos, surgidos espontáneamente e impuestos por la fuerza del estado ni por las armas. Al contrario, tienen sus raíces precisamente en una ciudadanía atraída por liderazgos unipersonales que los lleva al poder mediante procesos electorales. Se trata de una de las trampas de los procesos de consolidación de la democracia: la personalización de los destinos de un país una vez que las instituciones y líderes no han cumplido con el papel que de ellos se esperaba (Lagos, 2018).

En ese contexto, la gente desconfía de los políticos y se ve atraída por un líder fuerte que resuelva sus problemas. Ese líder se presenta como una persona extraordinaria, como un salvador, y promete resolver todos los problemas de una ciudadanía que no ha recibido respuestas satisfactorias del gobierno (Chull Shin & Shyu, 1997). Los autoritarismos electorales obviamente llegan por la vía de los comicios, y con la promesa de alcanzar una mejor democracia, instauran estilos personalistas, transgreden las reglas democráticas y desprecian a las oposiciones.

Los golpes de Estado militares del pasado quedaron atrás, lo que hoy tenemos son procesos de engrandecimiento del poder ejecutivo (*executive agrandizement*). Esto es, ejecutivos electos que tienden a debilitar todo contrapeso a su poder, por lo cual se dedican a hacer cambios constitucionales para obstaculizar el poder de la oposición, promover el desmantelamiento de las instituciones de rendición de cuentas, la libertad de prensa y la autonomía judicial (Bermeo, 2016). Son casos destacados los gobiernos de Nicolás Maduro en Venezuela, Daniel Ortega en Nicaragua y Recep Tayyip Erdogan en Turquía; pero

también Boris Johnson en Gran Bretaña, Vladimir Putin en Rusia, Narendra Modi en India, Viktor Orbán en Hungría, Rodrigo Duterte en Filipinas, Benjamín Netanyahu en Israel, Jair Bolsonaro en Brasil, Donald Trump en Estados Unidos y Andrés Manuel López Obrador en México.

De tal manera, una vez que se hizo con el poder, el líder encuentra formas de concentrarlo y acrecentarlo basado en su carisma, popularidad, así como en el desencanto de la población con los controles y contrapesos institucionales. Mantiene una fachada democrática, mientras socava el sistema de pesos y contrapesos (Schenkkan & Repucci, 2018). Así, la separación de los poderes del Estado se diluye y se debilitan las instituciones de la democracia; el congreso se convierte en un instrumento del ejecutivo y el poder judicial es cooptado por el poder político.

El estilo de gobierno de estos líderes es muy similar, y en la geometría política pueden ubicarse indistintamente a la derecha o a la izquierda, pues no se trata de una ideología ni de la defensa de causas particulares. El populismo es una visión omnímoda de la democracia, donde el líder se presenta como la personificación de *el pueblo*, con lo cual posee el monopolio de la voluntad de ese pueblo sin necesidad de someterlo a discusión, evaluación ni negociación con otras fuerzas políticas. Fuera de ese ámbito donde está todo el pueblo y desde luego su representante, solo se encuentran sus enemigos, *los enemigos del pueblo*. De ahí que, cualquier disenso u oposición, sea visto como ataque o traición. Este esquema dicotómico lleva implícita, inevitablemente, la polarización.

Los polos políticos son elementos indisociables de la competencia democrática, pero para el buen funcionamiento del sistema se requiere de respeto, tolerancia mutua y aceptación de los rivales legítimos como tales. El problema se presenta cuando de esa polarización surgen posiciones extremas que busquen la aniquilación de quienes ya no aparecen como rivales sino como amenazas (Levitsky & Ziblatt, 2018).

En suma, lo que las democracias enfrentan es corrupción, ineficacia gubernamental e incremento de la desigualdad. Las tensiones sociales y económicas que dividen a la sociedad la tornan muy permeable a las retóricas polarizadoras de los populismos. Las democracias mutan en populismos como respuesta al *establishment* político; cuando los

partidos políticos fracasan como representantes eficaces, el líder carismático ofrece representar al pueblo libre de intermediarios.

El populismo se desarrolla así dentro de la democracia representativa, cuando la población tiene una percepción negativa del sistema de partidos y la sociedad pluralista. El populismo no plantea la aniquilación de la democracia, sino su reinención; hace evidentes las debilidades y fallas de la democracia de partidos (Urbinati, 2020), pero lejos de brindar una salida para su resolución, debilita aún más al Estado. Los retrocesos en la democracia son lentos y no llegan a su abandono total (Bermeo, 2016). La concentración del poder en los líderes es posible por el desmantelamiento de las instituciones del Estado (Coppedge, 2017), de la erosión del marco legal, del debilitamiento de las libertades y la ineficacia del gobierno para llevar a cabo sus funciones sustantivas. *“Piensen en México hoy, donde el presidente AMLO llegó al poder por una ola populista y ahora está trabajando para personalizar el poder, aumentar la discrecionalidad presidencial y debilitar las instituciones”* (Acemoglu & Robinson, 2019, p. 30).

### **La realidad mexicana**

En los últimos cuarenta años, México fue construyendo un sistema democrático que permitió dejar atrás los tiempos del partido hegemónico y dio paso a un sistema político donde caben las distintas manifestaciones políticas de la sociedad. Se optó por avanzar gradualmente, mediante múltiples reformas electorales, en la construcción de un marco normativo que permitiera una democracia procedimental satisfactoria. Y con el tiempo se logró, al grado que de las últimas cuatro elecciones a la presidencia, tres de ellas generaron alternancias.

Sin embargo, persisten los rezagos y problemas sin atender, como el aumento de la desigualdad, los altos índices de violencia, la percepción de una corrupción desbordada y una impunidad ofensiva. Aparece así la percepción de un *Estado fallido*, de tan baja calidad que no provee siquiera los mínimos atribuibles a su función: seguridad y justicia.

El arrollador éxito electoral de AMLO en 2018 fue una manifestación del hartazgo ante la debilidad del Estado. La campaña presidencial de Morena destacó todo lo negativo de las administraciones anteriores, de ahí la prolongada y exitosa campaña mediática que

afirmaba “*estaríamos mejor con López Obrador*”, al tiempo que él ofrecía un *cambio verdadero*. El discurso lopezobradorista se basó en la crítica a los errores de Felipe Calderón y los escándalos de corrupción de Peña Nieto, a quienes el tabasqueño responsabilizó de la gran pobreza imperante, la desigualdad, el bajo crecimiento económico, la violencia criminal y una corrupción rampante, en lo cual no le faltó razón.

Planteado así, el electorado solo tenía dos opciones: votar para mantener el *status quo*, o bien, votar por AMLO para avanzar hacia una nueva realidad. Más de la mitad de los votantes apoyaron a López Obrador.

El triunfo de Morena en la presidencia generó un efecto de arrastre en las elecciones que se realizaron de manera concurrente. A nivel local, ese partido se hizo de cinco gubernaturas, además de lograr importantes posiciones en los congresos locales y los ayuntamientos que tuvieron renovación de cargos. A nivel federal, sus cifras en el Congreso le otorgaron la mayoría simple en la Cámara de Diputados y en el Senado. Para consolidar su posición, hizo negociaciones con sus aliados (Partido del Trabajo, Movimiento Ciudadano y Partido Encuentro Social), que le permitieron obtener a una mayoría contundente en la Cámara Baja. El arrollador triunfo de AMLO sumado a su mayoría legislativa, dejó a los demás partidos desarticulados, agazapados, desdibujados y prácticamente desaparecidos.

Con esa dosis de legitimidad llegó AMLO a la presidencia en diciembre de 2018, y desde entonces, estableció un estilo unipersonal de gobernar, que concentra cada vez más atribuciones y en donde no hay cabida para el diálogo y, mucho menos, para la presencia de los equilibrios y contrapesos constitucionales característicos de un régimen democrático. Este estilo conlleva inevitablemente el debilitamiento del orden institucional democrático, con graves consecuencias a corto y, sobre todo, a largo plazo pues México vive el constante deterioro de sus instituciones democráticas y una clara tendencia hacia la concentración del poder en el presidente. A ello se suman los agravios de la pandemia y sus graves consecuencias.

Como en todo el mundo, el arribo de la pandemia modificó drásticamente la vida en México. La administración de AMLO quedará inevitablemente marcada por este suceso, por las dimensiones de la crisis sanitaria que conlleva y las de las otras crisis que traerá

consigo. Pero además, llegó en un momento complicado por la falta de resultados de las políticas públicas instrumentadas al inicio del sexenio.

López Obrador llegó al gobierno con una agenda social que pretendía favorecer a los sectores más desprotegidos, los recursos para ello básicamente provendrían de una política de austeridad y de recuperar los recursos que se perdían por corrupción,<sup>3</sup> concepto por el cual se prometía obtener 500 mil millones de pesos. Para beneficiar a la población, el nuevo gobierno planteó la eliminación de intermediarios en los programas sociales para entregar directamente los recursos a las personas.

Así, apenas inició el sexenio se estableció un rígido programa de austeridad que implicó la reducción o desaparición de programas fundamentales, tales como el Fondo de Estabilización de los Ingresos Presupuestarios y los recursos para atender los desastres naturales (Fonden). La reducción del gasto público afectó más sectores cruciales como son la educación superior, la cultura y la investigación científica, entre otros.

El gobierno de López Obrador también puso en marcha un ambicioso plan de apoyo directo a algunos mexicanos pobres que incluye la ayuda económica para adultos mayores, becas para jóvenes que no estudian ni trabajan, la creación de 100 universidades públicas, y la promoción del empleo mediante los llamados “proyectos de bienestar. Diversos analistas y economistas advertían que las medidas de austeridad no serían suficientes para financiar los proyectos del presidente, pero él los desdeñó como críticas malintencionadas, desde su lógica de polarización. Al final de 2019 se constató que la realidad no cooperó con el presidente, quien ofreció 4% de crecimiento anual durante su sexenio, pero ese año solo consiguió 0.1%.

Además, el Seguro Popular que atendía a la población en materia de salud, fue sustituido por el Instituto Nacional para la Salud y el Bienestar (Insabi) que no alcanzó a ser implantado antes del inicio de la pandemia, al tiempo que se intentó generar ahorros a través de la compra consolidada de medicamentos que antes se adquirían de manera separada por los distintos programas e instituciones de salud. Eliminar el Seguro Popular antes de aprobar las reglas y procesos operativos del Insabi, y cancelar los procesos de

---

<sup>3</sup> De acuerdo con el Proyecto Alternativo de Nación 2018-2024 de Morena, se presentaron propuestas en seis puntos rectores: 1) legalidad y erradicación de la corrupción; 2) combate a la pobreza; 3) recuperación de la paz; 4) viabilidad financiera y austeridad; 5) equidad de género; y 6) desarrollo sostenible (INE, 2017).

compra en materia de salud, dio como resultado el desabasto de medicinas y la falta de equipo de salud al comienzo de la pandemia. Entre noviembre de 2019 y febrero de 2020, una de cada cuatro quejas que recibió la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) fue por falta de suministro de medicamentos por parte del sector salud (Infobae, 2020).

2020 presenta coordenadas económicas mucho más complicadas. Durante el primer trimestre el peso se devaluó 26%, los precios internacionales del petróleo llegaron a cifras negativas y la economía cayó 2.4% (El Economista, 2020a). A fines de mayo, el Banco de México pronosticó una caída del PIB hasta un -8.8% el año, que bien puede llegar a ser mayor.

Luego de seis meses de iniciada la pandemia, el gobierno no solo no ha presentado un plan de rescate económico frente a la crisis, sino que rechazó el plan propuesto por un grupo de empresarios donde se privilegiaba el empleo y el ingreso solidario. Tampoco aceptó la propuesta de ofrecer apoyo gubernamental para el sector de la economía informal donde ha aumentado la tasa de desocupación y se redujeron los ingresos. Tan solo de febrero a mayo se perdieron más de un millón de empleos formales registrados en el IMSS, y de ellos, más de 90% se encuentran en los niveles de más bajos ingresos (Murayama, 2020).

Entretanto, AMLO afirma que el país tiene finanzas sanas desde antes de la pandemia; el gobierno federal sigue por la ruta diseñada desde su inicio y se niega a redefinir prioridades a pesar de la magnitud de la crisis. Se privilegia la austeridad y la restricción presupuestal mediante decretos como el del 23 de abril que redujo el gasto operativo del gobierno en 75% (DOF, 2020). Asimismo, hay renuencia a aplicar medidas contracíclicas que rescaten empresas y empleos como también hay resistencia a contratar deuda para superar la emergencia.

Las consecuencias parecen obvias: la quiebra de empresas medianas y pequeños, el aumento del desempleo y los despidos consecuencia de los recortes de personal en el gobierno, arrojan a más personas debajo de la línea de pobreza y en la economía informal, cuando no ilegal, al tiempo que se presenta un aumento de los delitos y la criminalidad.

Si en el ámbito económico la respuesta es fallida, en el de la salud ha sido lenta y contradictoria. Desde el comienzo de la pandemia, el presidente ha minimizado, y hasta

negado, la crisis de salud que se vive en el mundo, subestimando su peligro, así como sus consecuencias. Su postura ha sido de *no pasa nada* porque la fortaleza genética de los mexicanos, la solidez de la familia, así como unos amuletos y estampas religiosas, son suficientes para hacerle frente.

Mientras los países de Asia y Europa cerraban fronteras y confinaban a su población, anunciaban medidas extraordinarias y preparaban apoyos económicos, López Obrador consideraba que los llamados al aislamiento social y el cierre de fronteras eran iniciativas opositoras dirigidas a debilitar su gobierno, en febrero afirmó “*Tenemos que atender el asunto, pero no exagerar, prevenir; estamos preparados*”. Invitaba a la población a seguir con su vida y no dejar de salir. Él mismo suspendió solo por unos días sus giras por el país y se negó a usar cubrebocas. Seis meses después de comenzada la pandemia, México se ubica entre los países que peor manejaron la emergencia; al contabilizar más de 415 mil contagios y 46 mil muertes por Covid-19 (TRResearch, 2020) el presidente sostiene que la crisis no solo está controlada sino que ya va en descenso.

El manejo de la pandemia, más político que científico, permeó las decisiones de todos los niveles. Las medidas de prevención y contención sanitaria llegaron tarde y fueron insuficientes; incluyeron la suspensión de clases, la aplicación de la jornada de sana distancia y un confinamiento no obligatorio, acompañado de una estrategia que implicaba realizar muy pocas pruebas médicas.

Mientras la crisis sanitaria se desborda, las medidas de recuperación económica no parecen orientadas a apoyar a los grupos más desfavorecidos pues no se consideró apoyar la supervivencia de las empresas pequeñas y medianas que representan más del 90% de los negocios establecidos en México y generan más del 70% de los empleos formales (Inegi, 2014); el gobierno también rechazó la petición de un ingreso mínimo solidario que permitiera a las personas permanecer confinadas.

Es cierto que se fortalecieron los programas sociales del gobierno (se adelantó el pago de pensiones para adultos mayores y personas con discapacidad); se entregó un millón de créditos a las microempresas, principalmente a la economía informal; se dieron créditos a través de las denominadas Tandas del Bienestar, y se distribuyeron créditos de 25,000 pesos cada uno para la economía formal. Pero esos recursos, insuficientes, fueron

canalizados de manera selectiva a los grupos ya previamente identificados por el gobierno y entregados directamente a sus beneficiarios, quienes no son los sectores más golpeados por la pandemia. Un estudio de la UNAM mostró que los mayores porcentajes de muertes se dieron en otros grupos sociales que no reciben apoyos; esto es, entre choferes, ayudantes, peones y similares, vendedores, que 71% de los fallecidos tenían estudios de secundaria o menos y que los efectos negativos del hacinamiento son peores que los de las comorbilidades asociadas al Covid-19 (Méndez, 2020).

El ejercicio del poder inevitablemente desgasta y el mandatario ya no mantiene los niveles de aprobación de febrero de 2019 cuando llegó a 67%; su tasa hoy es de 46% (Consulta Mitofsky, 2020) y su estrategia de comunicación es relevante para mantenerla.

Todos los días, AMLO ofrece un monólogo matutino que aprovecha para dirigirse a un público objetivo. Aunque lo hace frente a los medios, su discurso no va dirigido a ellos, ni siquiera a todos los sectores sociales de México, sino *al pueblo*; esto es, a los beneficiarios de sus programas sociales, que son también votantes potenciales, y quienes muy probablemente mantienen sus niveles de aprobación. Ahí se exagera el discurso polarizador que define al país en el que él vive, donde quien no está con él, está en su contra, es su adversario y, por ende, enemigo del pueblo.

La lógica que López Obrador plantea, de *o estás conmigo o contra mí*, lo lleva a percibir un mundo en blanco y negro, buenos y malos, conservadores y liberales. Descalificando al contrario, esquivando la presentación de datos o argumentos, sostiene un discurso que no carece de calumnias y acusaciones, restringe la opinión y puede llegar a generar violencia (Luna Pla & López-Ayllón, 2020).

Con su estilo retórico y desde su tribuna en El Palacio, excluye y señala a todos aquellos a quienes no considera parte del pueblo. Así, las acusaciones de estar en contra del combate a la corrupción, el bienestar general y *la Cuarta Transformación*, se han dirigido a sectores tan variados como mujeres, economistas, médicos, prensa nacional e internacional, intelectuales, académicos y prácticamente todo aquel que no coincida con su visión del mundo o no respalde incondicionalmente al presidente.

Esta estrategia permite a López Obrador avanzar en su proyecto de centralizar el poder. También en un discurso mañanero, López Obrador sostuvo el 2 de abril que la crisis del

coronavirus “*nos cayó como anillo al dedo para afianzar el propósito de la transformación*”. Y parece que sí, pues aprovechó la ocasión para denostar a los grupos que considera responsables del fracaso económico, el crecimiento de los contagios y el clima de inseguridad, para tomar decisiones cruciales el país, apostando a concentrar más poder que cualquier otro presidente de México.

La crisis sanitaria ha sido aprovechada por AMLO para fortalecer un liderazgo político autoritario, ignorando cualquier asomo de respeto por el Estado de derecho, minando las instituciones democráticas y atacando a los órganos autónomos del Estado. En esa lógica de disolución de contrapesos, no tiene cabida el diálogo abierto con la oposición partidista, ni con el congreso, ni con los gobernadores. En la pandemia se ha impuesto una política centralizadora en lo que se refiere al control presupuestal, a la salud pública y a las fuerzas de seguridad.

La narrativa presidencial encuentra su sustento en esa interlocución directa que AMLO tiene con *el pueblo*; de ahí la inutilidad de las instituciones democráticas construidas en los últimos años, pues el líder representa la voluntad del pueblo. De ahí también la validez de las consultas populares directas utilizadas tanto para cancelar la conclusión del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México o la cervecería en Mexicali como para construir el Tren Maya o decidir sobre los juicios políticos a los expresidentes.

De tal manera, el presidente aprovecha el momento para avanzar en la consolidación de su figura. Destacan el intento de conseguir el control discrecional para ejercer el presupuesto federal, haciendo a un lado a los diputados; las tensiones con un grupo de gobernadores en torno al pacto fiscal federal; la extinción de varios fideicomisos para hacer uso discrecional de esos recursos; el apuntalamiento de la dependencia de energías fósiles a través del fortalecimiento de Pemex y la CFE y el abandono de las energías limpias (Signos Vitales, 2020). Pero sobre todo, llama particularmente la atención la militarización promovida desde la presidencia.

Desde 2019, contrario a sus ofrecimientos en campaña en el sentido de regresar a los militares a sus cuarteles, López Obrador decretó la desintegración de la Policía Federal y la absorción de sus funciones por la recién creada Guardia Nacional la cual más adelante, en los hechos, fue subordinada al ejército. Sin embargo, la estrategia de militarización de la

seguridad pública no dio los resultados esperados. Tan solo entre enero y abril de 2020, los homicidios registraron un aumento de 2.4% con respecto al mismo periodo del año anterior (El Economista, 2020b).

No obstante, es grande la confianza que el presidente ha depositado en las fuerzas armadas. En efecto, desde el inicio de su gobierno, los militares se hacen cargo de tareas tan disímolas como el ataque al robo de combustible; la construcción de sucursales bancarias; la remodelación de hospitales; la distribución de libros de texto, medicinas, fertilizantes y dinero de los programas sociales; la limpieza del sargazo en las playas; la construcción del aeropuerto Felipe Ángeles; la contención de migrantes en las fronteras norte y sur; recientemente también la atención de aduanas y puertos y; desde luego, la seguridad pública y el control de la Guardia Nacional.

Según la información presentada por el Secretario de la Defensa en una conferencia mañanera de julio, donde ofreció por igual cifras de Sedena y de Semar, los efectivos desplegados en el país, han alcanzado una cifra récord. Entre abril y julio de 2020 los soldados desplegados pasaron de 48,759 a 65,828 (sin considerar los 35 mil efectivos que pasaron a la Guardia Nacional); mientras que en el mismo periodo, el número de marinos creció de 15,594 a 26,236 (López Portillo, 2020).

A pesar de esos números, el aumento del poder del crimen organizado se ha hecho más evidente. Baste ver las imágenes que circulan en redes digitales donde en medio de la pandemia, poblaciones de Veracruz reciben despensas con la firma del Cartel Jalisco Nueva Generación (CJNG); o las largas filas en Zapopan, Jalisco, para recibir dádivas a nombre del famoso narcotraficante conocido como *El Mencho*; así como el despliegue de fuerza del CJNG al atentar con el secretario de seguridad capitalino y difundir un video para mostrar en redes sociales sus vehículos, sus armas y sus integrantes.

En todo caso, es una mala noticia la militarización indiscriminada de la vida nacional mientras que el Estado se contrae, se corroen sus equilibrios institucionales y se incrementan severamente las desigualdades sociales. En un momento de auge de los más diversos autoritarismos en todo el mundo, los riesgos de una regresión autoritaria están presentes. Cifras recientes de Latinobarómetro (2018) muestran que la mitad de la

población en México, Guatemala y Perú estaba dispuesta a respaldar un golpe de estado contra los regímenes vigentes, frente a las condiciones de crimen y corrupción.

### **¿Qué sigue?**

El desencanto con la democracia es generalizado; su funcionamiento deja cada vez más insatisfechos a los ciudadanos y los estudiosos se dedican a repensarla. Se plantea que la democracia ha caído en una recesión; no faltan quienes perciben una democracia en retirada (Schenkkan & Repucci, 2018); también se elaboran diagnósticos y recetas para recuperar la salud democrática (Piketty, 2014) (Runciman, 2019) (Mounk, 2018) (Innerarity, 2020); y se sugieren diversos finales para la democracia (Buffin de Chosal, 2014) pero igual hay otros que dotan de una gran resiliencia a las verdaderas democracias (Levitsky & Way, 2015).

Ciertamente, en lo que va de este siglo, las democracias han sufrido amenazas desde los carismáticos personajes que atraen los reflectores políticos y enfilan a las democracias hacia formas de liderazgos personalistas autoritarios. Pero vale la pena preguntarse si los populismos en realidad ¿constituyen un peligro para la democracia o son más bien algo intrínseco a esta forma de gobierno? (Tormey, 2018).

El populismo no puede solucionar los problemas que dan lugar a su surgimiento porque lo que ofrece más bien es una guía para hacerse del poder político ahí donde la sociedad está a disgusto y ofrece las soluciones que *el pueblo* desea (Sánchez-Talanquer, 2020), llenando el vacío de participación y restaurando la unidad frente a todas las parcialidades, ubicando la legitimidad, la legalidad y la justicia solamente de un lado (Urbinati, 2020).

Sin embargo, tampoco la democracia representativa, tal como ha funcionado hasta ahora brinda respuesta a su propia crisis. La democracia de partidos adolece de grandes problemas para gobernar en un mundo que ya no depende de organizaciones estructurales de trabajadores y clases sociales claramente diferenciadas. Aunado a ello, los cambios ideológicos, tecnológicos y sociales afectan la representatividad de los viejos partidos políticos obligándolos a adecuarse a una nueva realidad donde puedan superar la desconfianza que los ciudadanos tienen hacia ellos. Porque lo que vemos hoy día es la alternancia de los partidos en el poder que por razones estructurales brindan resultados igualmente negativos al concluir su gestión en el gobierno (Urbinati, 2020).

El populismo no surge por generación espontánea, sino que es la propia democracia representativa la que deviene en autoritarismos personalistas cuando resulta ineficaz a los ojos de la mayor parte de la ciudadanía. Esto es, el populismo es resultado de las incompetencias y los incumplimientos de las expectativas de la propia democracia de partidos.

Pero si coincidimos en que el estado natural de la democracia es su construcción permanente (Insulza, 2010), entonces el pesimismo no es inevitable, pues el gran desafío que se presenta ahora es repensar la democracia a partir de nuevas conceptualizaciones que hagan posible salir de esta crisis con un régimen más robusto y con procedimientos que la protejan (Zovatto, 2018). Para alcanzar esa democracia robusta y consolidada se requiere que todos los ciudadanos asuman que la democracia es *the only game in town* y de tal manera convertir este momento de peligro también en una oportunidad (Schenkkan & Repucci, 2018).

En México la crisis sanitaria tendrá consecuencias económicas, sociales y políticas muy graves, como mayor pobreza, más desempleo, más desigualdad, un gran descontento social y, desde luego, más inseguridad y más violencia. En ese complicado contexto es que habrá que impulsar cambios institucionales profundos que permitan superar el estado de gran debilidad institucional y de polarización social que hoy se vive en México.

Como hasta el momento la democracia es impensable sin partidos políticos, está en ellos la responsabilidad de ofrecer propuestas viables a una sociedad muy golpeada por las crisis sanitaria y económica. Recordemos que la viabilidad de una democracia requiere de la organización de los movimientos sociales y los votantes a través de partidos políticos que presenten propuestas diversas que tengan factibilidad en una competencia electoral (Fukuyama, 2015). El despertar de los partidos de oposición todavía es una tarea pendiente, pero necesaria, ya sea para respaldar cualquier intento para superar la crisis o para defender el marco institucional del que ellos mismos son beneficiarios.

Gobierno y partidos no pueden soslayar el peso creciente de los movimientos solidarios, las organizaciones civiles y los colectivos identitarios (feministas, LGBTQIA+). Ante el discurso presidencial que niega cualquier forma de diversidad aparte de estar con él o contra él, la realidad muestra un crecimiento incontenible de movimientos antisistema que

no están dispuestos a renunciar a sus demandas para satisfacer a una figura política por carismática que sea.

Más allá del gobierno, los partidos y los movimientos antisistema, se encuentra la ciudadanía no organizada, dispersa en cuanto a su identidad, formas de aportar a la vida pública e intereses, pero particularmente unida por la necesidad de superar la crisis y sobrevivir.

Urgen soluciones para detener la caída de la economía, la destrucción de la producción y el empleo, el crecimiento de la violencia y la débil atención a la crisis sanitaria. Ante tal reto, es indispensable que los ciudadanos trasciendan su papel de electores e integren eso que el PNUD ha denominado “una democracia de ciudadanía”.

### **Fuentes citadas**

- Acemoglu, D., & Robinson, J. (19 de octubre de 2019). The Upside of Populism. The same impulse that brought Trump to power could save U. S. democracy. *Foreign Affairs*, 28-31.
- Bermeo, N. (2016). On Democratic Backsliding. *Journal of Democracy*, 27 (1), 5-19.
- Buffin de Chosal, C. (2014). *The End of Democracy*. USA: Tumbler House.
- Chu, Y.-h., Huang, K.-P., Lagos, M., & Mattes, R. (2020). A Lost Decade for Third Wave Democracies? *Journal of Democracy*, 31 (2), 166-181.
- Chull Shin, D., & Shyu, H. (1997). Public Opinion in New Democracies. Political Ambivalence in South Korea and Taiwan. *Journal of Democracy*, 8 (3).
- Consulta Mitofsky. (30 de junio de 2020). Tracking Poll AMLO. *El Economista*.
- Coppedge, M. (2017). Eroding Regimes: What, Where and When? *V-Dem Working Paper*.
- Diamond, L. (2015). Facing Up to the Democratic Recession. *Journal of Democracy*, 26 (1), 141-155.
- Diario Oficial de la Federación (23 de abril de 2020), Secretaría de Gobernación. *Decreto por el que se establecen las medidas de austeridad que deberán observar las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal bajo los criterios que en el mismo se indican*. Disponible en [https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract\\_id=3066677](https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3066677)
- El Economista. (20 de enero de 2020a). Homicidios en México alcanzan niveles récord en primeros cuatro meses 2020. *El Economista*.
- El Economista. (31 de marzo de 2020b). Peso cae 26% en primer trimestre de 2020 por crisis del coronavirus. *El Economista*.

- Fukuyama, F. (2015). Why is Democracy Performing so Poorly? *Journal of Democracy*, 26 (1), 11-20.
- Gilley, B. (2009). Is Democracy Possible? *Journal of Democracy*, 20 (1), 113-127.
- Huntington, S. (1994). *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman, University of Oklahoma Press.
- IEDM (2020). *Índice del Estado de Derecho en México. World Justice Project*. Disponible en <https://index.worldjusticeproject.mx/mapa/MX01>
- INE (2017). Proyecto Alternativo de Nación 2018-2024 de Morena. Disponible en [https://repositoriodocumental.ine.mx/xmlui/bitstream/handle/123456789/94367/CG2ex201712-22-representación proporcional-5-2-a2.pdf](https://repositoriodocumental.ine.mx/xmlui/bitstream/handle/123456789/94367/CG2ex201712-22-representación%20proporcional-5-2-a2.pdf)
- INEGI (2014). *Censos económicos 2014*. <https://www.inegi.org.mx/programas/ce/2014/>
- Infobae (14 de febrero de 2020) CNDH recibió 552 . Disponible en <https://www.infobae.com/america/mexico/2020/02/14/cndh-recibio-552-quejas-por-desabasto-de-medicamentos-en-los-últimos-tres-meses>
- Innerarity, D. (2020). *Pandemocracia. Una filosofía de la crisis del coronavirus*. Barcelona, Cataluña, España: Galaxia Gutenberg.
- Insulza, J. (2010). La democracia como construcción permanente. *Revista de Ciencia Política*, 30 (1), 3-4.
- Lagos, M. (2018). Informe Latinobarómetro.
- Latinobarómetro. (2018).
- Levitsky, S. (2018). Latin America's Shifting Politics. Democratic Survival and Weakness. *Journal of Democracy*, 29 (4).
- Levitsky, S., & Way, L. (2015). The Myth of Democratic Recession. *Journal of Democracy*, 26 (1), 45-58.
- Levitsky, S., & Ziblatt, D. (2018). *How democracies die*. New York: Crown.
- López Portillo, E. (23 de julio de 2020). Máximo histórico de despliegue militar. *Animal Político*
- Luna Pla, I., & López-Ayllón, S. (20 de julio de 2020). El presidente, las redes sociales y la libertad de expresión. *Nexos. Blog de la redacción* .
- Méndez, E. (7 de julio de 2020). 71% de los mexicanos muertos por Covid-19, con escolaridad de primaria o inferior. *Excélsior* .
- Monsiváis, A. (junio, 2019). La insatisfacción con la democracia en México (2014-2017). *Perfiles Latinoamericanos*, 27, (53). Disponible en [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-7653201900012](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-7653201900012)
- Mounk, Y. (2018). *El pueblo contra la democracia*. Barcelona, España: Paidós.

- Murayama, C. (2020). La democracia frente a las crisis económica y sanitaria” en Cordera R. y Provencio, E. *Cambiar el rumbo: el desarrollo tras la pandemia*. Disponible en [https://www.economia.unam.mx/avisos/Cambiar\\_rumbo.pdf](https://www.economia.unam.mx/avisos/Cambiar_rumbo.pdf)
- O'Donnell, G. (2007). The Perpetual Crisis of Democracy. *Journal of Democracy*, 18 (1), 5-11.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty First Century*. USA: Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Runciman, D. (2019). *Así termina la democracia*. Barcelona, España: Paidós.
- Sánchez-Talanquer, M. (2020). La desfiguración de la representación política: populismo y bonapartismo en el siglo XXI. *Configuraciones* (50).
- Schenkkan, N., & Repucci, S. (2018). Democracy in Retreat. *Journal of Democracy*, 30 (2), 10-114.
- Signos Vitales, E. (Julio de 2020). La pandemia en Mexico. Dimensión de la tragedia.
- Stiglitz, J. (2015) *La gran brecha. Qué hacer con las sociedades desiguales*. Barcelona: Taurus.
- Tormey, S. (2018). Populism: democracy's Pharmakon? *Policy Studies*, 39 (3), 260-273.
- TResearch. (30 de julio de 2020). *La pandemia en números Covid-19 Global*. Obtenido de TResearch. Los líderes de investigación online : <https://www.tresearch.mx/>
- Urbinati, N. (2020). ¿Es el populismo el callejón sin salida de la democracia? *Configuraciones* (50).
- Zovatto, D. (16 de septiembre de 2018). El estado de la democracia: ¿Estancamiento, regresión o resiliencia? *IDEA*.

Ciudad de México, julio 31, 2020